

ños sacrificados, los judíos lo hacían consumiéndola de forma comunitaria, bien directamente o, bien, utilizándola en la preparación de sus comidas. Zimmerman concluye que las feroces persecuciones de los judíos y el estridente discurso misógino testifican que los cristianos tenían una fuerte necesidad de «desarrollar una narrativa de lo profano, una elaborada desviación del lado oscuro de su propio sacramento apuntando a dos grupos socialmente vulnerables»; por más que fuera visto el leproso, como «agente y ejemplificación del miedo a la disolución», quien con su cuerpo deformado y en putrefacción personificó en la Edad Media «una profunda afrenta al esfuerzo humano en estabilidad natural y social» (p. 577).

En suma, este monográfico ofrece una cualificada selección de artículos en torno a distintos aspectos de las narrativas sobre el cuerpo enfermo en la Europa y América anteriores al siglo XIX, que tiene un gran valor tanto para quienes centran sus investigaciones en esta temática, como para personas de los más dispares ámbitos disciplinares humanísticos que busquen estímulo para sus investigaciones en los acercamientos y métodos propios de la nueva historia cultural. La riquísima información bibliográfica puede recuperarse con relativa facilidad a partir del amplio apartado de notas incluido al final de cada artículo, por más que hubiera resultado útil la inclusión de una bibliografía general consolidada al final del monográfico. ■

**Jon Arrizabalaga.** Institució Milà i Fontanals - CSIC, Barcelona

■ **Emilio Cervantes Ruiz de la Torre, coord. Naturalistas proscritos.** Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca; 2011. 136 p. ISBN: 978-84-9012-019-4. €15.

¿Qué tienen en común Antonio Zulueta, Félix de Azara, Jean-Baptiste Lamarck, José Longinos Martínez, Francisco Antonio Zea, Mariano La Gasca, Lorenz Oken, Eduardo Carreño, Manuel González de Jonte y Emilio H. del Villar? La primera respuesta es evidente: todos son naturalistas. El calificativo es más difícil de justificar pero, según se mantiene en este texto, a todos les une —en una u otra manera— la característica de «proscrito».

Y desde esta situación de «destierro» vivida por estos naturalistas, otros tantos historiadores de la ciencia se ocupan de construir sus biografías: Emilio

Cervantes, Ildefonso Bonilla, Máximo Sandín, Carlos Martín Escorza, Diana Soto y Miguel Ángel Puig-Samper, José Luis Maldonado, Luis Montiel, Santiago Aragón, Alberto Gomis y Santos Casado analizan los modos en que estos naturalistas construyeron su obra desde su peculiar «exilio» físico o ideológico.

El genético Antonio de Zulueta, conoció la marginación a la que la biología molecular colocaba los planteamientos clásicos de su disciplina. El zoólogo Félix de Azara hubo de publicar su obra en París, ante las dificultades que entrañaba su edición en prensas españolas. El filósofo Lamarck vio relegadas sus teorías sobre la evolución de los seres vivos a favor de las propuestas darwinistas. El expedicionario José Longinos Martínez conoció un proceso de relegación al olvido en la expedición novo-hispana dirigida por Martín Sessé. El criollo Francisco Antonio Zea fue perseguido por los defensores del escolasticismo y por las elites político-económicas del Virreinato novogranadino hasta su extrañamiento en tierras gaditanas. El botánico Mariano La Gasca sufrió exilio político en Inglaterra. El médico Lorenz Oken conoció el destierro geográfico al que le llevó su actividad política y el ideológico al que le condujo su concepción de la Naturaleza. El entomólogo Eduardo Carreño murió tempranamente en París, mientras se encontraba en pleno período de formación. El botánico Manuel González de Jonte fue apartado del claustro de la Universidad Central por sus enfrentamientos con la comisión que se ocupó de la revisión de los libros de textos. El ecólogo Emilio H. del Villar aportó su original visión del medio natural, durante la primera mitad del XX, en un medio inusual, a través de sus colaboraciones en un diccionario enciclopédico.

Son una decena de ejemplos entresacados del conjunto de otros muchos naturalistas que vivieron igual situación: no fueron pocos los expedicionarios españoles relegados al olvido, por sus propios coetáneos ilustrados, en un afán de desmerecer sus logros o de apropiarse de trabajos ajenos; al mismo exilio de La Gasca fueron conducidos un notable número de científicos liberales y, apenas un siglo después, volverían a tomar el camino de la expatriación otro nutrido grupo de científicos republicanos; la misma sensación de marginalidad que Lorenz Oken debieron sentir un buen número de los «filósofos de la Naturaleza» alemanes del Romanticismo; no pocos de los genetistas españoles debieron vivir las mismas angustias profesionales que Antonio Zulueta y tampoco fueron escasos los naturalistas españoles de la primera mitad del XX que, bien por su atípica formación, como es el caso de Emilio H. del Villar, o por problemas de exilio interior, carecieron del reconocimiento debido.

¿Es posible encontrar un nexo común entre las situaciones vividas por éstos y otros muchos «naturalistas proscritos» a lo largo de los tiempos? Quizás si, a

todos parece común su libertad de pensamiento y su falta de acomodo con las estructuras sociales, políticas y/o científicas establecidas; todos luchan por defender sus ideas en medios, geográfica, política, social o científicamente hostiles. Por eso, tras su situación de «proscrito» se detecta un soterrado —a veces evidente— empeño de imponerse a los poderes ideológicos o económico-sociales establecidos.

Algunos de estos «naturalistas proscritos» vivieron su alejamiento del mundo académico y social sólo durante una etapa de sus vidas, luego retornaron a dirigir instituciones científicas (La Gasca) o desarrollaron una actividad política considerable (Azara, Zea); otros vivieron sus vidas en permanente estado de proscripción (Martínez, Villar). Todos intentaron superar su condición de marginación y, los que lo lograron, quedaron marcados por el extrañamiento.

Algunos de estos «proscritos» lograron ver reconocidos sus méritos en vida, otros han debido esperar a que los historiadores se ocupasen de ellos para obtener un espacio en las enciclopedias o en los diccionarios; y a algunos, Lamarck es el ejemplo pintiparado, los hemos sometido a un proceso de continua reivindicación y crítica que parece no tener fin. Y es que, en definitiva, la situación de «proscrito» nos remite a un modo de relacionarse con el poder al que ni los naturalistas ni ningún otro ser social es ajeno.

Al igual que en cualquier otra actividad humana, las relaciones de los naturalistas con el poder establecido, sea éste ideológico, social, político o de cualquier otra índole, resultan complejas. La libertad del científico contrasta, casi por definición, con el orden y el control que emana de quien ostenta el poder; cuando ocurre esa falta de conexión el científico —el naturalista— pasa a ser un proscrito. Emilio Cervantes, en el artículo que sirve de presentación al volumen, ofrece una visión complementaria de esta misma situación desde la perspectiva —más creativa— que ofrece la literatura, utilizando para ello dos textos del ensayista Miguel Espinosa: *Escuela de Mandarines* (1974), con el que consiguió el premio Ciudad de Barcelona y *Asklepios, el último griego*, ésta póstuma, publicada en 1985, que completa con la imagen que George Orwell [Eric Arthur Blair] nos legara en su novela satírica *1984* (1949). Salvo el marco de fabulación que permite el mundo literario, la situación se nos presenta bastante próxima a la realidad, donde la marginalidad, el aislamiento, la extrañación, en definitiva el ser «proscrito», también es consecuencia de las desavenencias con el poder constituido.

Como toda obra colectiva, también ésta muestra una diferente calidad entre los capítulos que la componen, fruto del modo de trabajo de cada autor, pero, en su conjunto, logra dos importantes objetivos: actualizar las biografías de los naturalistas tratados y ofrecer una reflexión general sobre el término «proscrito»,

que se revela como más amplio que el de la expatriación geográfica, adentrándose en el mundo de las ideas para querer significar la no aceptación, por parte de colectivo de referencia, de la labor científica desarrollada. ■

**Antonio González Bueno.** Universidad Complutense de Madrid

■ **Raúl Rodríguez Nozal, Antonio González Bueno, coords. El medicamento de fabricación industrial en la España contemporánea.** Madrid: C.E.R.S.A.; 2008, 416 p. ISBN: 978-84-92539-28-4. € 15,56.

Desde principios del siglo XX, hasta una persona tan refractaria a la Ciencia como Miguel de Unamuno se dio cuenta y escribió en sus *Obras completas*: «Si algún hecho histórico se está poniendo en claro es el de que los progresos técnicos se deben a las relaciones económicas. El capital hace Química tanto o más que la Química hace capital».

Sus palabras pueden entroncarse en una polémica regeneracionista sobre la industrialización española, ligada a la Ciencia y la Técnica, viva desde mediados del siglo XIX y muy poco estudiada. Parecen enmarcar estos procesos de industrialización, como los demás, en el ámbito puramente económico.

Si tomamos en consideración, además, la escasa repercusión intelectual de la Historia de la Ciencia en España, entenderemos que, en nuestro país, los procesos industrializadores los han estudiado, fundamentalmente, historiadores económicos quienes, impulsados por muy diversos motivos, han dedicado muy poco esfuerzo —salvo en los últimos años— a la industrialización farmacéutica.

Este tipo de proceso industrial, en todo el mundo, está íntimamente ligado a la investigación científica, a la tecnología farmacéutica y a los procesos sociales mediante los cuales se establecieron los estados de bienestar: es decir a la sanidad pública.

Se tenga la idea apriorística que se tenga sobre las industrias farmacéuticas, sus resultados dependen de los avances en la investigación científica aplicada a los seres humanos, de la posibilidad de preparar fármacos eficientes y seguros en grandes cantidades y eso, además de construir un entramado capitalista de gran éxito, ha hecho posible el dotar de fármacos a grandes masas, sin lo cual no hubieran sido imaginables los sistemas de bienestar en el ámbito sanitario.